

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IX - Nº 103 Noviembre de 2026

El Reino de Cristo
"así en la Tierra como en el Cielo"



Samuel Holanda

Trágica magnificencia

La muerte tiene dos aspectos, uno es biológico. Durante toda la vida, el hombre lucha para que su cuerpo no se deteriore: baños, perfumes, ungüentos, remedios, artificios de la higiene y de la medicina, todo es empleado para dar al cuerpo una apariencia de vida perenne e incorruptible. Viene la muerte y evidencia la realidad más recóndita y característica de este cuerpo: lo transforma en basura. Por este aspecto, la muerte es sórdida, repelente.

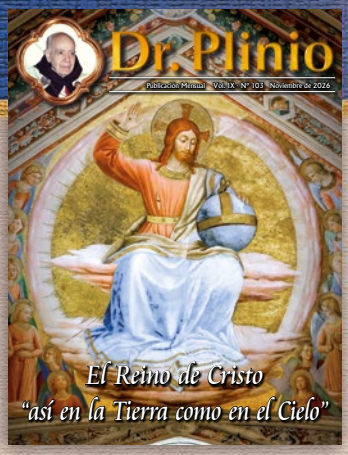
Ella tiene otro aspecto, que la vuelve el hecho más notable y, en cierto sentido, más augusto de toda la vida, pues arranca al hombre de la vulgaridad cotidiana y lo coloca cara a cara con el tremendo misterio de su eternidad, haciendo patente que la vida de todo ser humano es una epopeya, frustrada o realizada.

Así, la muerte se levanta encima de lo que tiene de sórdido y repelente. Más que eso, su propia sordidez contribuye a volverla grandiosa, en su trágica magnificencia. ¿Quién no se da cuenta de que aquello que más puede dignificar y ennoblecer al hombre, el heroísmo, tiene íntimas afinidades con la muerte?

Por esta razón ella ha sido cercada de solemnidades sombrías y de pompas llenas de gravedad. La Iglesia, de manera especial, pues fue quien reveló a la humanidad el sentido más profundo de la vida y la muerte, dio a las conmemoraciones fúnebres el más justo y apropiado esplendor, no sólo por el sufragio de las almas, sino también por las lecciones que presenta a meditación de los fieles.

(Extraído, con adaptaciones, del Legionario n° 544, 10/1/1943)

Sumario



Vol. IX - No. 103 Noviembre de 2026

En la portada,
Cristo Rey – Catedral de Orvieto, Italia.

Foto: Flavio Lourenço

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

SEGUNDA PÁGINA
2 *Trágica magnificencia*

EDITORIAL
4 *Las dos auroras del Reino de Cristo*

PIEDAD PLINIANA
5 *"Mantenedme en indestructible unión con Vos"*

DOÑA LUCILIA
6 *Armonías discretas en la relación entre madre e hijo*

REFLEXIONES TEOLÓGICAS
10 *El elemento determinante del verdadero amor*

HAGIOGRAFÍA
17 *Categórico contra los herejes y creyentes renegados*

DE MARIA NUNQUAM SATIS
20 *Bellezas y sublimidades de la Presentación de Nuestra Señora*

DENUNCIA PROFÉTICA
25 *"Quien avisa, amigo es"*

ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLES
28 *Purgatorio: unión entre justicia y misericordia*

SANTORAL
30 *Santos de Noviembre*

APÓSTOL DEL PULCHRUM
32 *Oración y holocausto simbolizados en la lamparilla*

ÚLTIMA PÁGINA
36 *Amor gratuito de la Reina del Cielo*



Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

Editorial

Las dos auroras del Reino de Cristo

Si quisiéramos hacernos una idea de lo que es el extremo opuesto del Reino de Nuestro Señor Jesucristo, imaginemos una ciudad completamente futurista, con todo organizado según los métodos más tiránicos de la técnica moderna, inmersa en el materialismo, en la inmoralidad, sin alegría, sin ninguna esperanza del cielo, ningún aprecio por los valores del espíritu, ningún educación ni dignidad en las propias autoridades.

Puestos ante ese cuadro, podremos tener una noción del mundo hacia el que vamos caminando y tomar consciencia más clara de que nos encontramos en una situación intermediaria, en la cual los últimos restos del Reinado de Cristo desaparecieron y las afirmaciones claras, patentes, del reinado del demonio ya despuntan.

Ahora bien, si el reino del demonio es así de horrible —y ya lo estamos viendo a nuestro alrededor— comprendemos cuál será nuestra alegría en el momento bendito en que, terminados los castigos previstos en Fátima, despunte el Reino de María durante el cual la virtud será glorificada, la ortodoxia respetada, todas las costumbres, leyes e instituciones reflejarán el espíritu de la Iglesia Católica, con el cual todo el modo de pensar y de proceder de las personas estará de acuerdo. Entonces, el bien y la verdad serán admirados; el error y el mal, execrados. Y veremos a todos los hombres, todos los valores, todo puesto en su debido orden y dando, por esta forma, gloria a Dios, autor verdadero de ese orden.

Así, cuando lleguemos al fin de nuestros días y cerremos los ojos, tendremos la alegría de, habiendo nacido en el reino del demonio, haber trabajado por el advenimiento del Reino de Cristo, contemplado el orden restaurado y podido decir que esa fue una obra de Dios hecha por nuestras manos. Entonces, tendremos una idea exacta del Reino celestial de Jesucristo.

Esa será, para nosotros, la segunda aurora. La primera habrá sido cuando termine esta era y entremos en el Reino de Cristo. La segunda aurora será al cerrar los ojos a esta vida y ver el cielo abrirse a nuestra alma para contemplar el Reinado de Cristo a través de la Santísima Virgen.

Entonces, todos los símbolos y apariencias habrán pasado. Veremos a Dios y a la Santísima Virgen cara a cara y comprenderemos, de un modo directo y superlativo, el orden celestial, modelo del orden que amábamos en la tierra. En esta segunda afirmación del Reinado de Cristo, recibiremos el premio por haber luchado tanto por ese reinado en el mundo.

Que Nuestra Señora nos proporcione esas convicciones con energías cada vez mayores. Debemos vivir de esperanzas, y nuestra gran esperanza es la instauración del Reinado de Cristo por medio del Reino de María en la tierra y, así, alcanzar el Reino de Nuestro Señor Jesucristo, por María Santísima, en el cielo.*

---

* Cf. Conferencia del 24/10/1964.

Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Virgen María, Basílica da Estrela, Lisboa

Samuel Holanda

"Mantenedme en indestructible unión con Vos"

Oh, Madre y refugio de los pecadores, ¡desgraciadamente pequé! Yo os suplico que me deis la convicción de que vuestra misericordia es tan grande, que en este momento en que me dirijo hacia Vos, soy acogido por una compasión inexpresablemente delicada, una ternura maternal inigualable.

Decid, os lo pido, en lo íntimo de mi alma, palabras de dulzura y de paz que me unan a Vos más que antes de la caída y alejen de mí las fantasías monstruosas de la angustia, con las cuales el demonio intenta arrebatarme de Vos. Para humillarlo, Reina de las Victorias, mantened en indestructible unión con Vos a este pequeño hijo a quien tanto amáis.

Oh, Auxilio de los Cristianos, que os dignasteis llamar a vuestro servicio a una persona tan débil como yo, completad vuestra obra realizando en mí las transformaciones que soy demasiado débil para realizar sin Vos. Así sea.

(Compuesta en la década de 1970)

Fotos: Archivo Revista

Armonías discretas en la relación entre madre e hijo



Edificio en la Rua Vieira de Carvalho donde el Dr. Plinio residió

Al describir pequeños episodios de su relación con Doña Lucilia, el Dr. Plinio nos permite vislumbrar un poco de la elevación de esa convivencia familiar basada en el amor a Dios y en la fidelidad a la Religión, cuyas manifestaciones de encanto se daban mucho más en el silencio mutuo que en palabras o discursos.

Aquella definición de Doña Lucilia según la cual vivir es esta juntos, mirarse y quererse bien, no correspondía a la "vidorra" de una madre y de un hijo que comentan entre sí cómo estaba agradable una galleta, la lluvia, etc. Eso constituye muchas veces toda una convivencia entre madre e hijo, pero con qué alimento…

Compasión del hijo por la madre

Yo sentía en ella una serie de fondos sucesivos de alma que me encantaban, los cuales percibía mirándola y queriéndola bien. Y veía perfectamente que la recíproca era verdadera. Pero esa situación se hacía en el silencio mutuo, no comportaba manifestaciones orales; interiores sí. De tal manera que yo veía muy bien cuánto ella me quería y cuánto yo la quería.

Mis viajes a Europa – hice dos o tres en vida de ella – eran para mí dilaceraciones, no en el sentido común de las saudades, también las tenía, sino que representaban un papel como del agua en el mar cuando llega a la playa: es el fin del viaje. Pero era por imaginar lo que representaba para ella quedarse sin entretenerse conmigo. De donde resultaba mucha compasión, mucho deseo, cartas para ella… en aquel tiempo las llamadas telefónicas internacionales, además de ser muy caras, eran dificilísimas de hacer. Y como ella tenía una audición debilitada, yo raramente hablaba por teléfono. Pero, si hubiera podido, la habría llamado todos los días, como sucedió en una ocasión.

Me acuerdo de un tiempo en que tuve que dormir en una casa que pertenecía a mi padre; era necesario que él pasase un año durmiendo allá, para no incurrir en una penalidad criminal por haber sacado a un inquilino. De lo contrario, quedaría sujeto a cinco o seis años de prisión, algo imposible. El inmueble quedaba en un buen punto de valorización, pero malo para habitación, y él lo había comprado antes de ser emitida la ley de inquilinato. Entonces, yo iba a dormir allá para hacerle compañía, y mi madre se quedaba en el apartamento. Creo que la empleada Olga dormía con ella, para que no se quedara sola.

Todas las noches yo iba a un garaje frente a esa casa y la llamaba. En casa, ella permanecía sentada junto al teléfono, rezando a la espera de mi llamada. Alguien podría preguntar: "¿Qué le decía a Doña Lucilia a esa hora de la noche?"

¿Qué nos decíamos el uno al otro? Yo le decía simplemente "buenas noches". Le preguntaba cómo estaba, ella contaba alguna cosita, alguna visita que había recibido, hechos de la vida común. ¡Era eso! Pero no eran banalidades absolutamente, era algo mucho más alto.

Centinela atenta

Cuando vivíamos en la *Rua* Vieira de Carvalho, Doña Lucilia no se quedaba siempre rezando al lado de



El Dr. Plinio con algunos miembros del Grupo en 1965



Restaurante Fasano, localizado en la Rua Vieira de Carvalho

la imagen del Sagrado Corazón de Jesús mientras permanecía a mi espera. En aquel tiempo tenía vigencia el ayuno eucarístico de media noche y, por lo tanto, ella sabía que alrededor de las once y media íbamos al Restaurante Fasano[1] a comer algo. Y ella adquirió el hábito de, cuando intuía que había llegado la hora, ir a la ventana a vernos. Al salir del predio, yo no miraba hacia atrás, pero sabía que ella estaba allí.

Cuando salíamos del Fasano, yo miraba discretamente y veía su cabeza, enmarcada ya con cabellos plateados, llenando una de las cuadrículas grandes de la ventana, casi siempre la misma, pero no pasaba de aquello; se quedaba en un rincón, a un lado, bien discreta, viéndonos. Era como dentro de un cuadro.

Yo no la saludaba, por no querer crear en los jóvenes –que no la habían percibido– la obligación de saludarla también… Pero ella notaba que yo la miraba. Sabiendo que me despediría de todos y subiría en línea recta, se quedaba esperándome con cierta ansiedad para que yo subiese rápido, para tener una conversación un poco más larga. Era la disputa de los minutos…

Yo abría la puerta, ella venía a mi encuentro y nos abrazábamos. Para besarme, se ponía siempre en la punta de los pies y yo me inclinaba un poco. Después nos sentábamos en alguna silla de la sala y comenzábamos una conversación que se extendía hasta más tarde. A veces ella me preguntaba: "*Filhão*, ¿qué conversaste tanto tiempo con aquel?" No me acordaba, entonces respondía: "Pero, mi bien, ya no me acuerdo".

A veces ella comentaba a este o aquel, que yo me había reído en tal ocasión, procurando participar un poco de la conversación, porque mi madre era muy comunicativa. Nunca, nunca, nunca una pregunta indiscreta. ¡Nunca! Por ejemplo, de querer conocer asuntos de los que sabía que yo no le contaría, ¡jamás! O darme un golpecito para saber de algo, nada de parecido, ni de lejos. Hasta es de excluir la hipótesis como extravagante, sin propósito.

Un doble del Dr. Plinio…

Hubo un tiempo en que ella estuvo muy preocupada, porque afirmaba que veía pasar frente al Fasano, a la hora de la espera, a un doble mío que incluso usaba un sombrero como el mío. Cada persona porta el sombrero de un modo peculiar, es instintivo. Y ella decía que esa persona tenía hasta mi modo peculiar de ponerme el sombrero en la cabeza, y se quedaba muy preocupada.

Me dijo que la primera vez pensó que era yo, pero enseguida me vio salir de allí, por tanto, no podía ser. ¿Quién sería? Y me pedía que tuviera cuidado porque, de repente, ese hombre cometía un crimen y podrían culparme a mí.

Yo le decía: "Pero, mi bien, ¿qué puedo hacer? No puedo quedarme todo el día aquí, a la espera de que aparezca ese desconocido."

Después ese fulano desapareció y ella no pensó más en el caso.

Madre desprendida, discreta, comedida

Ella percibía con claridad que yo era completamente diferente de otros hombres conocidos suyos, y estimaba sobremanera esa diferencia, la apreciaba mucho. Ahora bien, no sé si ella medía hasta el fin lo que la Providencia quería de mí, lo que yo estaba llamado a ser, porque nunca tratamos sobre eso. Además, ella tuvo horror toda la vida al orgullo, a la presunción, a ver personas compararse con otros. Ella nunca actuaba así, en ninguna circunstancia.

Mi madre tenía mucho cuidado en no decirme jamás algo capaz de inflarme. Agradarme, mostrarme cariño, sí; elogiar lo que yo hiciese, era rarísimo. Así mismo, solo enaltecía el aspecto moral; el talento humano que tal vez entrara, fingía que no lo veía, era como si no existiera. Yo percibía que tenía el recelo de colaborar de cualquier forma para que yo me volviera vanidoso, a lo cual ella tenía horror.

Me acuerdo, por ejemplo, de que ella asistió a muchos discursos y conferencias mías y se dio cuenta de que yo era muy homenajeado, lo cual



Doña Lucilia durante una conferencia del Dr. Plinio en 1959

saltaba a sus ojos. Cuando estaba presente –naturalmente eso se hace con la madre de cualquier conferencista, sobre todo cuando es una señora anciana– era puesta en los primeros lugares para que escuchara bien. Ella naturalmente percibía eso.

Durante la conferencia, yo veía que se mostraba agradada, acompañando con mucha atención, positivamente gustando. No obstante, siendo mi madre, no podía aplaudir. Terminada la sesión hablaban con ella, la elogiaban, lo que también se hace por toda parte; hasta cuando el conferencista no discurrió bien, le dicen a la madre toda especie de amabilidades. Ella recibía todos los agrados, pero absolutamente nunca me comentaba una palabra respecto a la conferencia, de lo que le decían; se quedaba quieta, no mencionaba nada.

Presencié, cierta vez, a una señora de su generación que, en una conversación de una rueda grande, daba a entender que el yerno de esa persona era más inteligente y capaz que yo. Mi madre la oyó con una indolencia fenomenal, dejó pasar.

Cuando la señora salió de la sala, otra le dijo en mi presencia: "Lucilia, no comprendo. Ella dio a entender tal cosa así, tú sabes perfectamente que no es verdad, todos en la sala sabíamos, podías decir algo y no lo hiciste." A lo que mi madre respondió: "Pobrecita, ella está tan alegre imaginando que eso es así, déjala imaginar. Plinio no gana ni pierde nada con eso. Déjala contenta con su yerno, yo quedo con el hijo que tengo."

Y ese fue su modo de ser hasta el fin. De manera que, si ella veía en mí algún llamado de la Providencia, una obra mayor a realizar, no lo comentaba en absoluto.

Apreciando las evoluciones del hijo, como en un concierto

Ella tomaba tan en serio el factor religioso como razón de unión y, por tanto, la herejía como factor de desunión, que le parecería natural que una unión como la que había entre ella y yo se rompiese, caso ella adoptara otra religión. Era su odio a la herejía, que no se manifestaba en expresiones de cólera, de furor, ¡pero era una incompatibilidad total! Y estaría dispuesta a cualquier sacrificio para mantenerse en su posición.



El Dr. Plinio en mayo de 1992

Las manifestaciones de odio eran adecuadas al modo de ser femenino, como conviene a una señora, desde que esta no tenga la magnífica vocación de una Santa Juana de Arco.

Yo explicaba más o menos la crisis en la Iglesia, ella oía con mucha atención, pero tengo la impresión de que toda la complejidad de la problemática no la captaba bien, ya era de otro tiempo. Pero prestaba mucha atención a mi psicología mientras yo hablaba y, tan pronto percibía que mi alma caminaba rectamente, se ponía contenta; el resto no tenía importancia.

Ella no prestaba una atención policial, pero era como un apreciador musical atento al concierto: cualquier notica discordante la siente mejor que cualquier otro. Así, tenía el "oído" puesto en mi vida, y cualquier pequeño colorido que, del lado moral, de bondad y rectitud, ella no comprendiera bien, estando conmigo a solas me decía: "*Filhão*, ¿tal cosa no habría sido así? En tal ocasión, ¿no habría sido de otra manera?" Y a veces discutía un poco, pero cuando yo explicaba, concordaba, porque los principios generales eran los mismos. En otras ocasiones, accedía inmediatamente.

Creo que ella veía moverse en mí algo muy recto, y entonces dejaba pasar los acontecimientos sin mayor preocupación. ❖

(Extraído de conferencias del 26/8/1982, 19/7/1983 y 2/5/1992)

---

1) Restaurante localizado frente al edificio de la Rua Vieira de Carvalho, No. 27, cuyo quinto piso era la residencia de Doña Lucilia, y el séptimo la sede donde el Dr. Plinio se reunía con los miembros del antiguo grupo del *Legionário*.



Flávio Lourenço

El elemento determinante del verdadero amor

Desenmascarando un antiguo sofisma, que afirma que la amistad se basa en intercambios de bondades y el odio solo se comunica a quien tiene un trato duro, el Dr. Plinio demuestra que existe un punto central que dirige los amores y los odios en la Tierra.

El tema que me han pedido para tratar no es fácil, pero intentaré aclararlo lo máximo posible.

Comienzo abordando el tema en sus aspectos elementales, para después subir a sus mayores altitudes. Sobre él hay un viejo error contra el que, en mi juventud, ya tuve que luchar internamente. ¿Cuál es este error?

Falso principio sobre la amistad y el odio

La idea de amistad y odio es antitética. Cuando se odia a alguien, se dice que no es amigo. Cuando se es amigo de alguien, no se le puede odiar. Por lo tanto, la amistad y la enemistad o el afecto y el odio son sentimientos opuestos, que no pueden coexistir sobre el mismo objeto en la misma alma.

¿Cuál es la raíz de la amistad? ¿Cuál es la raíz del odio?

Se difunden las siguientes impresiones que, a primera vista, parecen verdaderas: la persona tiene amistad con otro cuando este la trata bien, de manera agradable, afable, divertida y atractiva. También hay amistad para quien nos trata con dedicación. Entonces, la persona se siente atraída, ya no por la amabilidad de la convivencia, sino por el interés; esta dedi-



Archivo Revista

El Dr. Plinio durante una conferencia en febrero de 1986

cación puede ser el objeto o punto de partida de alguna utilidad para ella.

También se siente amistad por otro cuando nos trata de tal manera que nos deja lisonjeados. Alguien nos muestra admiración o simpatía, nos llega a los oídos –¡cosa rara!– que habla bien de nosotros ante los demás y, involuntariamente, indirectamente, hace cierta propaganda de nosotros, y esto, en nuestros labios, tiene el sabor del néctar de los néctares: "¡Habla bien de mí, me elogia! ¡Y solo él reconoce que tengo tal cualidad!" Y da una especie de *"xodó" [mimo]*, como se dice en portugués.

Por otro lado, está el odio. Si la persona tiene una presencia desagradable, si busca imponerse sobre mí, tomar mi tiempo para hablar de temas que no me interesan, si habla mal de mí y hace propaganda contra mí; si al tratar conmigo hiere mi amor propio, o mi orgullo, haciendo entender que él es, sabe o tiene más que yo, si esta persona, en resumen, hace lo contrario de lo que dije antes, el resultado es el odio.

Desenmascarando el sofisma

Entonces, la amistad viene de ser bien tratado y el odio, de ser maltratado. La confirmación de que esto es así parece ocurrir de forma indiscutible al contemplar la faz de la Tierra y ver que la mayoría de la gente tiene esta reacción. Por tanto, parece muy lógico y que el fondo de la verdad es todo lo que acabo de decir.

Ahora bien, la verdad no es esa. Y mientras no la entendamos, no sabremos nada sobre odio, ni sobre el afecto o la amistad. Tampoco entenderemos nada sobre lo que significa amar u odiar a Dios.

Porque, si es así, dado el modo en que en apariencia –¡en apariencia!– Dios nos trata, no se ve mucho cómo amarle u odiarle. Porque a Dios no lo vemos, Él no impresiona nuestros sentidos; los beneficios que nos hace, casi siempre, son difíciles de evaluar, salvo por razonamiento, y, aun así, no se palpan.



Archivo Revista

Él me creó, es un gran beneficio. En total, será un gran beneficio si no voy al infierno. De lo contrario, Él mismo dijo para los que pecan mortalmente y se pierden: "*Melius erat illi si natus non fuisset* – mejor sería que no hubiera nacido" (*Mc 14, 21*). Como no sé qué pasará conmigo, ¿cómo puedo estar agradecido por lo que no sé si es un beneficio?

Por supuesto, estoy dando el razonamiento sofístico, pero así es como se presenta a la gente.

Yo necesito compañía, Dios no me aparece. Necesito una palabra de apoyo, Él no me la da. Lo busco, Él es como el aire, impalpable. ¿Qué voy a hacer con Dios? Amistad, no veo ninguna razón. Odio, tampoco... Soy ajeno para Él. ¿Por qué? Simplemente porque Él parece ajeno a mí.

Todo esto son abominaciones. Yo detesto con toda mi alma lo que estoy diciendo. Solo expongo el error antes de tratar el asunto en profundidad.

El odio hacia quien es contrarrevolucionario

Ahora bien, cuando vamos a examinar esto, vemos que esta es la forma de considerar el afecto y el odio de los hombres que forman la inmensa y execrable familia de almas superficiales, que analizan todo solo en la superficie, no reflexionan, no profundizan, no tienen conexión lógica en lo que piensan y, por ello, no perciben la realidad.

Como no tienen en vista las razones profundas para querer ni para odiar, su mecanismo de afecto y odio se desplaza a la superficie de la realidad. Y de ahí esta forma de actuar y reaccionar ante los demás, que acabo de describir.

Sin embargo, basta con poner a una persona verdaderamente contrarrevolucionaria frente a los superficiales y verificamos otra actitud: por mucho que sea amable, delicado, intente complacer y ser gentil, tenga el conocimiento y la educación para hacer una convivencia amena, la estructura del alma del contrarrevolucionario, un hombre de sí-sí, no-no, que no se conforma con la superficie de las cosas, desagrada a los superficiales.

El contrarrevolucionario es el hombre que conversa con gusto sobre el Cielo Empíreo, porque le gusta pensar en magnificencias y esplendores que no existen en la Tierra. Su apetito por la verdad, el bien



Corte de Carlomagno - Palacio de Versalles

y la belleza no se limita a las realidades terrenales y vuela hacia el Cielo. Y porque tiene ese *élan*, este impulso del alma hacia lo alto, es un hombre que sabe señalar el precipicio; ve, pesa y mide el mal hecho por otros y les hace entender lo equivocado que es. Basta que los superficiales noten esto en alguien, que puede concederle los beneficios y atenciones que sean, puede encontrarse en un estado de indigencia, de necesidad... lo pisan irremediablemente.

Hemos llegado a la conclusión de que no es cierto que la gente se mueva solo por causa de las gentilezas, de las atenciones y de las pruebas de amistad, ni es principalmente por esto. Porque hay una categoría de hombres que usan todo esto con personas superficiales y, sin ningún fundamento, estos las odian y no las perdonan. ¿Por qué?

El aislamiento de los buenos

Cada uno de nosotros, en mayor o menor medida, está en este caso. Por ejemplo, los más jóvenes que van al colegio. Probablemente allí intentan ser amables y gentiles, incluso es una necesidad. Perseguidos, ridiculizados, objetos de enemistad, constantemente acosados, es una reacción normal intentar desarmar el odio mediante actitudes corteses, que haga a la persona sentir lo infundado, lo inexplicable del odio.

Sin embargo, ¡se dan cuenta de que no sirve de nada! El que fuese completa y eficazmente fiel a los principios de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, si no tuviera amigos dentro de nuestro movimiento, viviría solo como el famoso Robinson Crusoe en una isla, pero sin Viernes, su ayudante. Nadie le invitaría, nadie le visitaría, nadie hablaría con él... Una persona aislada, una persona boicoteada.

¿Por qué? Hay algo en lo profundo de las almas que hace que, al ver el bien, lo odien.

Esto no es solo con nosotros. En todos los tiempos ha sido de esa manera, salvo en pocos siglos, en los del Reino de Nuestro Señor Jesucristo, en la Edad Media, en los que el ambiente era tal que el bien y la virtud eran buscados y amados y el mal era perseguido. Pero desde el estallido de la Revolución, el bien comenzó a ser cada vez más perseguido y el mal exaltado, glorificado. En eso es donde estamos.

Por lo tanto, hay otro aspecto que también llama la atención.

Un mar de amistad y comprensión

Un joven que va adhiriendo de corazón a nuestro Movimiento se sorprende de lo fácil que es hacer amigos. Cualquiera con quien trate se muestra abierto, afable y conversador. Se puede sentar a la mesa junto a este o aquel, están de acuerdo en todo. Quizá incluso surja la pregunta: "¿Qué ambiente es este donde vine a parar? ¡Parece un sueño que está haciéndose realidad! Tengo la impresión de nadar en la amistad. Así como quien nada en el mar

solo encuentra agua a su alrededor, así, en este raro mar de amistad y comprensión, no importa a quién yo me dirija, hablo sin miedo, porque sé que no se burlará ni se reirá ni me traicionará; sé que puedo confiar en todos."

Ahí fuera, se está en el océano caliente y apestoso de la hostilidad, aquí, en el mar fresco y fragante de la amistad.

Por esta razón, el joven no entiende estar ausente de nuestros ambientes. Incluso tiene la sensación de una trama que continúa y que no puede perderse. Así que, cuando pasa días fuera, la primera medida al regresar es informarse, porque está siempre ocurriendo alguna cosa que mueve otra, normalmente hay algo para contar, para saber, para decir; hay una vida, una vitalidad que estoy seguro de que no existe fuera, es completamente diferente. ¿Eso por qué?

El punto central

Porque, aquí dentro, nos miramos en un punto determinado con afinidad. Esta afinidad ocupa tanto del alma que, una vez percibida por ambas partes, las razones de desacuerdo desaparecen, todo es fácil. Al contrario, con los de fuera notamos un desacuerdo sobre ese mismo punto, y ellos también lo perciben. El resultado es que la afinidad se vuelve imposible.

En último análisis, es porque en el hombre hay un punto central, una especie de síntesis de todas las virtudes, así como hay un punto central, que es como una síntesis de los defectos. Y cuando el revolucionario nota en alguien un elemento de esta síntesis de virtudes, lo odia. Al contrario, cuando dos virtudes se encuentran, hay una estima mutua.

Por tanto, hay una razón que domina los amores y los odios en la Tierra, mucho más profunda que el "agrada-agrada". Entre los socios del nefasto club de la indiferencia, aquel que llena la Tierra, esto pesa un poco, porque entre ellos son cómplices y se llevan bien en lo fundamental. Incluso se perdonan, pelean y luego hacen las paces, se derrumban y forman extraordinariamente un solo cuerpo contra los católicos apenas aparezcan en escena

Y entonces llegamos a la conclusión de que este punto interno del alma a través del cual, en lo más profundo, amamos la síntesis de todo lo que es bueno, verdadero y bello, es algo que, por tanto, nos hace amar a Dios.

Mucha gente piensa: "Si Nuestro Señor Jesucristo se me apareciera, me convertiría."

Digo: "¡Pobrecito! Lee el Evangelio y luego ven a hablar. ¡Cómo eso es equivocado! Si Nuestro Señor Jesucristo se te apareciera, tal vez podrías matarlo."



Agnaldo Ferreira

Dejad que los niños vengan a mí - Iglesia de Santa Isabel, Nueva York

El atractivo del Hombre-Dios

De hecho, el caso más destacado de la Historia —nunca ha habido ni habrá algo igual— fue con Nuestro Señor Jesucristo.

Reunió en sí mismo, en un grado impensable e inimaginable todas las perfecciones que le cabe a la naturaleza humana poseer. Dios nunca creó a un hombre con tal plenitud. Y mucho más: Nuestro Señor Jesucristo, lo proclamamos en el Credo, es verdadero Dios y verdadero Hombre por virtud de la unión hipostática de las dos naturalezas en la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Siendo Dios, no es simplemente perfecto: es la Perfección. No es santo: es la Santidad. No es bueno: es la Bondad. Él no es justo: es la Justicia. Nosotros podemos ser buenos, justos... Él no. Él es, esencialmente, cada virtud.

Nuestro Señor Jesucristo tenía todo, todo, todo lo

que pudiera atraer en un hombre. Su rostro divino y todo su cuerpo representaban perfectamente la santidad que existía en Él por la unión hipostática de la naturaleza humana con la divina. Era imposible conocerlo sin quedar lleno de admiración; bastaba tener un poco de virtud y rectitud de alma para ser atraído como por un imán potentísimo hacia su perfección absoluta.

Además de esta presencia inefablemente santa, los hombres podían conocer, en la vida terrenal de Nuestro Señor, la perfección de todo lo que Él decía. Lo comprobamos en el Evangelio: no hay una letra ni una palabra que no sea magnífica. Basta analizar un poco para notarlo.

Podemos imaginar el timbre de la voz con que Él hablaba. Debió de ser una voz maravillosa, con inflexiones incalculables de gravedad, de esplendor, de levedad, de gentileza, de atracción, de terror, de majestad, y todo lo que decía se acentuaba con la melodía de la voz, dejándonos extasiados.

Consideremos también lo que hacía: solo acciones admirables. La más pequeña de ellas, por ejemplo, tomar un vaso de agua, no era como lo hace el común de los hombres... ¡quisiéramos convertirnos en agua para pasar el tiempo entero en sus manos!

¿Por qué lo amaron tan poco?

¿Y entonces, qué pasó?

Una minoría de hombres lo amó verdaderamente. Un grupo mayor, una periferia más amplia que esta minoría, simpatizó con Él. Una mayoría en un círculo más amplio fue indiferente a Él, y de una indiferencia medio cargada de antipatía. Después, otro círculo de antipatía que fácilmente se convertiría en odio. Y, finalmente, la categoría siniestra de los hijos de Satanás. Quienes tenían antipatía y los indiferentes ya eran hijos de Satanás, pero la paternidad del diablo era más evidente en quienes lo odiaban, y algunos llegaron a la conclusión de que era necesario matarlo.

El Evangelio nos dice que los fariseos, en el momento de la resurrección de Lázaro, decidieron definitivamente matarlo. Cuando realizó el milagro más estupendo, tramaron su muerte. En el momento en que Él daba la vida, concluyen que era necesario quitarle la vida.

¿Cómo puede Nuestro Señor ser amado de una manera tan mezquina, que quienes más lo amaron tuvieron el comportamiento lamentable del Huerto de los Olivos?

¿Y cómo pudieron los que lo amaban aún menos, dejar transcurrir la Pasión, al punto que de todas las personas que lo vieron pasar –¡en un sufrimiento incalculable!– solo una tuvo el valor de ir a ayudarle? ¡Fue la Verónica y nadie más!

Simón de Cirene, a quien el evangelio menciona en el camino de Nuestro Señor, solo entra porque fue obligado. Parece que más tarde se convirtió, pero no quería ayudar a llevar la Cruz; era un egoísta cuidando de su pequeña vida, a quien Nuestro Señor, por una misericordia sin nombre, llamó. Ahora bien, ¿cómo pudieron los hombres amarlo tan poco? Hasta allá llega la dureza humana ante la bondad de Dios...



Flávio Lourenço

Resurrección de Lázaro - Museo de la Catedral de Palencia

El elemento determinante de la vida de un hombre

A partir de esto, entendemos bien el primer mandamiento: amar al prójimo como a sí mismo, por amor de Dios. Cuando todos amamos a Dios, el amor entre nosotros es muy simple; como de una fuente, brota a borbotones. Si falta este amor al prójimo entre los buenos, es porque está faltando amor de Dios.

Un ejemplo. Entre nosotros hay excelentes, hay buenos, hay medianos. Si prestamos atención, com-

probamos lo siguiente: cuanto más bueno es el individuo, más amigo es de todos y más imposible es arrastrarlo a una pelea. ¡Pero, delante de adversarios arrogantes de la Iglesia, de la Religión, se levanta!

Por otro lado, cuanto más el individuo es tibio, tanto más es belicoso. Él se molesta y discute por cualquier cosa, tiene opiniones discordantes, no es amigo de nadie y se queja porque nadie es amigo suyo. Está faltando el amor a Dios, elemento determinante de toda verdadera amistad, y por tanto falta todo el resto. Como resultado, se convierte en un foco de discordia, de malestar, de egoísmo.

El hombre se mide según la orientación de este punto central en su alma. Al no estar orientado hacia Dios, solo puede orientarse hacia el demonio. No hay escapatoria. En el primer caso, produce todo tipo de frutos laudables y buenos; en el segundo, aparentemente puede realizar muchas obras buenas, pero no son más que veneno.



Flávio Lourenço

Oración en el Huerto - Museo Diocesano de Freising, Alemania

Execrar el pecado, pero amar la posibilidad del bien

Algún objetante dirá: "El doctor Plinio predica el desamor a los pecadores. Porque está insinuando que los buenos deben amarse entre sí, y se aman. Él tiene razón. Pero ¿dónde está la paciencia con el pobre pecador que debe soportar y para quién debe ser bueno? Según las palabras del doctor Plinio, el mundo está dividido en dos circuitos hostiles: uno es el de los buenos, que se aman entre sí y odian a los malos; el otro es el de los malos, que se aman a sí mismos y odian a los buenos. Y en esta historia no hay nadie que haga el papel del buen pastor que va detrás de la oveja, del pescador de almas que busca al pecador. Esto está ausente en la idea del doctor Plinio."

Esa argumentación es falsa, porque en realidad, ante el pecador, debemos ver el pecado y calificarlo con toda la severidad, para nuestro propio juicio, y en nuestras conversaciones sobre ese individuo dejarlo claro. Él ha transgredido la Ley de Dios o de la Iglesia en tal punto, entonces lo califico de esta manera.

Sin embargo, sé por la fe y veo que aún hay algo en él por donde puede llegar a hacerse bueno e incluso excelente. Y, en vista de esto, yo lo amo. ¿Pero qué es ese amar? Es amar en él una posibilidad de bien mientras exista. Si se extingue, murió en mí el amor por él.

¿Cuándo se extingue esta posibilidad? Con la muerte del individuo. Todo hombre, mientras esté en la Tierra, tiene una posibilidad más o menos próxima o más o menos remota de convertirse.

No es cierto —es una regla muy compleja— que sea probable que la totalidad de los pecadores mueran arrepentidos. Pero sí que haya un cierto número de pecadores. ¿Cuántos? No lo sabemos. El hecho de que puedan llegar a ser de otra forma nos lleva a amarlos, como un borrador de algo que puede ser bueno. No como son ahora, sino un proyecto de ellos mismos, existiendo en ellos algo como una semilla en una tierra mala. En cierto momento, las condiciones de la tierra pueden mejorar y la semilla empezará a germinar.

En atención a esto, puede haber paciencia, tolerancia, aunque muchas veces la persona es tan, tan endurecida, que tenemos la impresión de poder asegurar que no va a

arrepentirse. Sin embargo, a pesar de las apariencias contrarias, la fe nos enseña que existe la posibilidad de arrepentimiento.

Y por esta posibilidad, somos bondadosos y amables, o somos enérgicos y decimos las verdades. Porque pensar que hacer el bien a un alma es solo dejarla alegre, es más o menos tan absurdo como pensar que un buen médico es solo aquel cuyo tratamiento agrada al cuerpo, que solo da pastillas agradables, comprimidos deliciosos o medicinas que dejan la persona sentirse cómoda, sin nada desagradable. Ese es un charlatán de feria de diversiones.

De la misma manera, nuestro trato con los demás debe ser a menudo como el que reprende, increpa y dice las verdades con severidad.



Archivo Revista

En el momento adecuado, la palabra adecuada

Hay un *feeling*, un cierto sentido por el cual un hombre percibe el momento de decir la verdad dura y el momento de practicar un acto bondadoso. Y siempre acierta en esto, desde que, en su trato con pecadores, no se deje dominar por consideraciones de amor propio, animadversión o venganza personal; sino que sea desinteresado, desprendido y deje a un lado todo orgullo y arrogancia. Si él hace esto, tendrá el tacto suficiente para sacudir la vara o escuchar las palabras de miel en el momento adecuado.



Flávio Lourenço

Crucifixión - Iglesia de Saint-Germain-en-Laye, Francia

En resumen, cuando tratamos con el pecador, tratemos de dejarnos llevar por el celo y por el amor a Dios o por el horror al pecado cometido, que es otra forma de amor a Dios.

El lema de los carmelitas dice: "*¡Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum*! ¡Yo me tomé de un celo ferviente –*zelo zelatus*– un celo celoso, un celo celosísimo, por el Señor Dios de los ejércitos!"

La Escritura dice: "El que dispensa la vara odia a su hijo; el que lo ama, lo castiga en el momento oportuno" *(Proverbios 13, 24)*. El amigo que condona una palabra severa a su amigo, lo odia, no es un verdadero amigo. Así también el buen católico, tratando con otro buen católico o con un pecador. ❖

(Extraído de conferencia del 2/15/1986)

Categórico contra los herejes y creyentes renegados

San Pedro de Alejandría se mantuvo firme y severo al castigar al hereje Arrio. A los débiles y temerosos les ofreció el perdón y les recomendó el ayuno; pero a los reincidentes y pecadores públicos les exigió penitencias categóricas a fin de restaurar la moral pública.



Gabriel K.

Tenemos para comentar dos fichas concernientes a San Pedro de Alejandría, cuya fiesta es conmemorada el 25 de noviembre.

Advertencia divina a través de un sueño

El antecedente del suceso que se narrará es que San Pedro de Alejandría había excomulgado a Arrio.

El santo estaba preso y Arrio temía que muriese sin darle a él la absolución. Entonces pidió a los principales miembros del clero que intercedieran por él ante el obispo.

Los eclesiásticos, ya en prisión, fueron a visitar a San Pedro.

Tras la oración de rigor, todos postrados en el suelo, besaron la mano del prelado, y le dijeron: «Por vuestro inminente martirio, tened clemencia con Arrio. Perdonadlo».

El hombre de Dios les respondió indignado, alzando las manos al cielo: "¿Os atrevéis a interceder por Arrio? En este mundo y en el venidero, está separado para siempre de la gloria del Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo".

Intuyeron que una inspiración divina había llevado al obispo a hablar así. De hecho, más tarde, San Pedro le explicó a un sacerdote, su compañero de prisión, por qué había sido, aparentemente, tan severo: "Alejandro, la locura de Arrio superó toda iniquidad. Lo que dije, no lo dije por mí mismo. Anoche, mientras elevaba mis oraciones a Dios y tú dormías a mi lado, un niño de singular

belleza, de unos doce años, se me apareció envuelto en una luz que no podía soportar. Tras la sorpresa inicial, le pregunté: 'Señor niño ¿quién te rasgó así la ropa?'.

El niño vestía una túnica de lino rasgada de arriba abajo por ambos lados.

Me respondió: 'Fue Arrio quien me hizo esto'. Y añadió: 'Ten cuidado de no tenerlo en comunión contigo, porque mañana vendrán a interceder por él. Dile a Aquila y a Alejandro, que serán tus sucesores y gobernarán mi Iglesia, que tampoco lo reciban. En cuanto a ti, tu fin está cerca, muy cerca'".



Divulgación (CC3.0)

Martirio de San Pedro de Alejandría

Severidad hacia aquellos que no tienen un corazón contrito

El hecho es sublime. San Pedro de Alejandría estaba preso; y, se delineaba un movimiento para que, antes de morir, perdonara a Arrio. El hereje, naturalmente, solo buscaba este perdón por malicia, por falsedad, pues no tenía buenas intenciones ni verdadero arrepentimiento. Quería abusar de este perdón para, una vez más, engañar a los justos y arrastrar a muchos más a la perdición.

Para evitar el mal que sobrevendría si San Pedro accedía a esta petición, se produjo una aparición durante la noche. El Niño Jesús se le apareció a San Pedro con la túnica rasgada por ambos lados —para mostrarle con exactitud que Arrio había actuado así con la Iglesia, a la que compara con la túnica de Cristo— y le dijo: "No lo recibas, ni tampoco tus dos sucesores", añadiendo que para Arrio no había perdón, tal era la maldad que había cometido.

De esto se desprende la severidad divina a la que a veces puede llegar la justicia en relación con una persona viva.



Divulgación (CC3.0)

Arrio

Formas categóricas y bellas de penitencia

San Pedro fue obispo de Alejandría durante las persecuciones de Diocleciano, Galerio y Maximino Daya. Cuando comenzó la primera persecución durante su episcopado, prescribió penitencia en Pascua para los católicos que hubiesen cedido a los perseguidores. Algunos católicos se dejaban intimidar y cometían la abominación de quemar incienso a los ídolos. Entonces, desesperados, acudían a la Iglesia para pedir perdón.

San Pedro de Alejandría determinó que debían hacer penitencia por las infames acciones que habían cometido. Así, para aquéllos que no podían soportar el encarcelamiento y la tortura debido a la fragilidad de sus cuerpos, declaró que eran necesarios cuarenta días de ayuno para su purificación.

A quienes, habiendo sufrido prisión y se dejaban vencer en la lucha, se les impuso un año de penitencia. A quienes, sin haber sufrido nada, fueron vencidos por el temor y acudieron a la penitencia, se les propuso la parábola de la higuera estéril: si después de un año daban frutos dignos, tenían derecho a recibir ayuda. En cuanto a los impenitentes y desesperados, a ellos se les concedió conocer la parábola de la

higuera maldita: no sirve para nada, hay que cortarla y tirarla.

En la Iglesia primitiva, éstas eran formas de penitencia sumamente categóricas, pero a la vez poseían un lindo aspecto: dejaban, en casi todos los casos, el camino abierto al perdón, salvo para quienes no se arrepentían.

Aquella era una época no solo de penitencias privadas, sino también públicas. Quien causara un escándalo, para ser readmitido a los sacramentos debía sufrir públicamente una vergüenza proporcional al mal cometido. De esto se deduce el desagravio que la moral pública recibía con ello.

El pecado público exige una reparación pública

Imaginemos esto transformado en una costumbre de nuestro tiempo y entenderemos el carácter profundamente saludable de esta ley.

Una actriz célebre, por ejemplo, que haya llevado una vida escandalosa, participando en películas inmorales, y que quiera volver a recibir los Sacramentos, puede ser recibida con todo el cariño y con todo el afecto. Sin embargo, como su pecado fue público, ella debería presentarse varias veces en varias iglesias de la diócesis donde vive y leer públicamente una petición de perdón a Dios y a todos aquellos a quienes escandalizó por el mal que hizo. Así se restituye la dignidad pública ultrajada y así se remedia la gloria de Dios.

Se hacía esto en un tiempo en que las leyes también tenían penas infamantes para ciertos delitos civiles. Por ejemplo, quien era hallado en pecados contra la carne, como el adulterio y otros semejantes, era enrollado desnudo con una especie de pegamento en grandes capas, en las cuales se adherían plumas de pato y de gallina. La persona quedaba toda ridícula erizada de plumas, pero, al mismo tiempo, cuidadosamente cubierta, no aparecía nada. Así, descalzo, el pecador se veía obligado a recorrer las calles centrales del pueblito donde vivía, con la burla de los muchachos, pues éstos no pierden ocasión para hacer una fiesta y para decir todo cuanto se les ocurre. Después, la persona volvía a casa y quedaba expiado el mal que había hecho.

Necesidad del desagravio, para aliviar la moralidad pública

De este modo, la moralidad pública era resarcida y el perdón no significaba una actitud de debilidad, sino de genuina bondad. Cuando esto lo practica la Iglesia y la sociedad temporal, la moralidad pública adquiere fuerza para castigar a todos los que la escandalizan.

En la situación actual, eso es diferente. El individuo peca y alguien dice: "¡Ah, pobrecito! Vamos a perdonarlo, no tuvo culpa. Tal cosa fue un atenuante para él. ¡Ay de quien le tire la primera piedra! ¡Ay de quien hable mal!" Y quien representa el papel de la moralidad pública recibe todas las piedras si dice algo. Y el pecador sigue cómodamente, sin ningún resarcimiento, en medio de los demás. Eso está mal.

Tenemos, por el ejemplo de San Pedro de Alejandría, una idea del valor de los castigos públicos que practicaba la antigua Iglesia. ❖

(Extraído de conferencia del 26/11/1965)



Archivo Revista

El Dr. Plinio en noviembre de 1965



Fotos: Flávio Lourenço

Presentación de la Virgen en el Templo – Museo de Bellas Artes de Dijón, Francia

Bellezas y sublimidades de la Presentación de Nuestra Señora

Aunque las apariencias indicaran un hecho común en extremo, la entrada de Nuestra Señora en el Templo de Jerusalén siendo aún niña significó el inicio de la realización de la gran promesa de la historia de la Redención.

El 21 de noviembre se conmemora la Presentación de Nuestra Señora en el Templo. ¿Esta fiesta tiene alguna belleza especial?

La realización de la promesa

María Santísima, elegida desde todos los siglos, la Raíz de Jesé de la cual habría de nacer Nuestro Señor Jesucristo, es presentada en el Templo. La institución incumbida de guardar la promesa de la venida del Salvador recibe a Aquella que da el primer paso para su realización.

Se da una especie de encuentro de la esperanza con la realidad. Nuestra Señora entra y se consagra al servicio de Dios, llevando un alma insondable e incomparablemente santa. En ese momento, a pesar de toda la putrefacción de la nación de Israel y de que el Templo se había transformado en una cueva de fariseos, como Nuestra Señora estaba unida a él, entró allí una luz incomparable, que fue justamente su santidad. En ese lugar, Ella comenzaba su preparación para, sin saberlo, llegar a ser la Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

En la atmósfera y en las gracias de ese edificio sagrado, separada para servir a Dios, Ella fue aumentando el amor a Él, hasta formar el deseo ardiente de que el Mesías llegase pronto y formular el pedido de ser una servidora de aquella que sería la Madre del Mesías, pues no sabía que sería Ella misma.

Toda esa santificación preparatoria de la venida de Nuestro Señor, esa inaudita y asombrosa preparación, se dio a partir del momento en que Nuestra Señora se presentó en el Templo. La Iglesia celebra esa primera Presentación.

Nuestra Señora se dirige al Templo

En el libro de Régamey[1] *Les plus beaux textes sur la Vierge*, encontramos las siguientes reflexiones basadas en San Francisco de Sales:

Es un acto de admirable simplicidad el de esta gloriosa niña que, asida al regazo de su madre, no deja, sin embargo, de conversar con la Divina Majestad. Ella se abstuvo de hablar hasta el tiempo apropiado y, aún entonces, solo lo hacía como las otras niñas de su edad, aunque hablara siempre con mucho acierto.

Ella permaneció como un suave cordero junto a Santa Ana por espacio de tres años, después de los cuales fue conducida al Templo, para ahí ser ofrecida como Samuel, que también fue conducido al Templo por su madre y dedicado al Señor a la misma edad.

¡Oh, Dios mío, cómo desearía poder representar vivamente la consolación y la suavidad de ese viaje, desde la casa de Joaquín hasta el Templo de Jerusalén! ¡Qué alegría demostraba esa niña, viendo llegar la hora que tanto había deseado!

*Los que iban al Templo a adorar y ofrecer sus dones a la Divina Majestad cantaban a lo largo del viaje. Y para eso el real profeta David había compuesto expresamente un salmo, que la Santa Iglesia nos hace repetir todos los días en el Oficio Divino. Comienza con las palabras: "*Beati immaculati in via*": "Bienaventurados aquellos, Señor, que caminan en tus sendas sin mácula, sin mancha de pecado" (Sl 118, 1).*

"En tus sendas", es decir, en la observancia de tus Mandamientos.

Los bienaventurados San Joaquín y Santa Ana cantaron entonces ese cántico a lo largo del camino, y nuestra gloriosa Señora y Reina con ellos.

¡Oh, Dios! ¡Qué melodía! ¡Cómo Ella la entonaba mil veces más graciosamente que los ángeles! Por eso, quedaron ellos de tal forma admirados que, en grupos, venían a escuchar esa celestial armonía y, abiertos los Cielos, se inclinaban en los alpendres de la Jerusalén Celestial para ver y admirar a esa amabilísima niña.



La Virgen rezando – Galería Nacional de Umbría, Italia

Quise deciros eso, aunque rápidamente, para que tengáis con qué entreteneros el resto de este día, considerando la suavidad de ese viaje; también para que quedéis conmovidos escuchando ese cántico divino que nuestra gloriosa Princesa entona tan melodiosamente, y eso con los oídos de vuestra devoción, porque el muy feliz San Bernardo dice que la devoción es el oído del alma.

Una infancia común, pero llena de sabiduría y contemplación

El fundamento teológico de todo cuanto aquí está dicho es la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora.

Como, desde el primer instante de su ser, Ella fue concebida sin pecado original, no tenía las limitaciones inherentes a él. Y entre

esas limitaciones está el hecho de que la persona nace inteligente, pero sin el uso de su inteligencia. Ese uso solo llega más tarde, con el desarrollo del cuerpo.

Nuestra Señora tuvo, desde el primer instante, el uso de su inteligencia de modo altísimo. En su infancia, como en la de Nuestro Señor –y en la de Él con una sublimidad desconcertante–, se reunían, en un contraste admirable, aspectos aparentemente contradictorios. De un lado, Ella tenía una contemplación que, a mi modo de ver, era mayor que la de los más grandes santos de la Iglesia, cuando Ella estaba aún en los primeros pasos de su vida. Pero, por otro lado, Ella mantenía toda la actitud de una niña y no hacía uso externo de eso, de su sabiduría, queriendo, por humildad, vivir como cualquier niña.

De tal manera que, quien tratase con Ella, a no ser por alguna expresión de la mirada o algo semejante, tendría la sensación de estar tratando con una niña común, igual a las demás; como Nuestro Señor Jesucristo, que en todas sus manifestaciones externas era como un niño y, como tal, quiso ser nutrido, guardado, arrullado como un niño, aunque fuese Dios, soberano Señor y Rey del Cielo y de la Tierra; pero en todas sus manifestaciones externas era como un niño.

Podemos imaginar en la vida cotidiana de San José y de Nuestra Señora, el momento en que era necesario darle leche o cambiarle la ropa. Ellos lo cogían, lo colocaban sobre una mesa y lo vestían con la ropita. Ver a Aquel que ellos sabían que era Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad hipostáticamente unida a la naturaleza humana, el cual estaba en los esplendores de las alegrías, de la majestad y de la grandeza de la divinidad y, al mismo tiempo, era aquel niñito que reía, no solo haciéndose que no entendía, sino con cierta autenticidad en ese no entender, ¡aunque entendiese!

Pues bien, algo semejante se daba también con San Joaquín y Santa Ana. No sé si ellos sabían que Nuestra Señora sería la Madre del Verbo Encarnado, pero seguramente sabían que Ella era una Niña designada para altísimas cosas en orden al Mesías. Y esa Niña llevaba la vida de una niñita.



Niño Jesús en la cuna – Iglesia de San Juan, Freising, Alemania

Belleza de los contrastes armónicos

Eso nos hace comprender cómo se ajustan esos aspectos de la benignidad extrema de Dios Nuestro Señor, de la extrema afabilidad, de extrema accesibilidad, de la extrema bondad de Nuestra Señora, con una grandeza de la cual los más grandes hombres de la Tierra no son sino una minúscula figura.

¿Por qué? Porque Nuestra Señora quiso que las cosas fueran así y, siendo Reina incomparable, Ella era, al mismo tiempo, una Niña simplísima. Lo cual, a propósito, Santa Teresita del Niño Jesús, discurriendo respecto al modo de predicar sobre Nuestra Señora, comenta muy bien, diciendo que a ella le gustaría hacer un sermón a su manera, o sea, mostrando en Nuestra Señora todo ese lado de simplicidad, de accesibilidad, al punto de comportarse como una niñita obediente a sus padres, siendo la Reina del Cielo y de la Tierra.[2]

Esos contrastes armónicos tienen tal belleza en sí mismos, que yo

hasta digo que desdoramos el asunto al tratar largamente de él. Porque ellos tienen algo de insondable, siendo mejor mantenernos en silencio que propiamente comentarlos.

Una Niña con voz inefable camina cantando el Salmo de David

Ahora bien, según una tradición muy generalizada, Nuestra Señora, en esas condiciones, a los tres años de edad, fue llevada al Templo, cantando durante el recorrido, como los judíos acostumbraban a hacer en aquella época. ¡Es un hecho lindísimo!

El Templo quedaba en Jerusalén. En otros lugares había sinagogas para rezar; pero, para hacer los sacrificios, solamente el Templo de Jerusalén.

Los judíos de toda la nación, como también los de la diáspora dispersados por el mundo entero, iban periódicamente a Jerusalén a participar del sacrificio en el Templo. Y como era motivo de alegría ir donde se manifestaba la gloria y las consolaciones de Dios, al lugar que representaba el vínculo entre el Cielo y la Tierra, era bonito que fuesen cantando, como tantas veces sucedía en romerías antiguas.

Los métodos de locomoción modernos conspiran contra el canto. No se puede imaginar a una persona en un suburbio, partiendo hacia Aparecida en tren, este a toda velocidad y ella cantando adentro. Es mejor cantar que no cantar. Pero ¡cómo es más bonito ir a pie, descansando cada tanto, parando, cantando, siguiendo adelante! Cómo eso tiene otra plenitud humana, otra armonía natural, que el canto dentro de una locomotora no tiene. Peor es el canto enlatado dentro de un bus. Yo viajo poco en ese vehículo, pero presumo que hay tal conjugación de la latonería contra la armonía, que cantar allí se hace imposible.

Imaginemos la belleza: cuando llegaba el mes de la visita al Templo, los judíos de todos lados iban cantando hasta él, y la nación judaica llenándose, en sus caminos, de cánticos por todos lados.



Santa Ana enseñando a la Virgen a rezar – Museo de Bellas Artes de Angers, Francia

Por eso, San Francisco de Sales imagina como algo normalmente cierto que, cuando Nuestra Señora se dirigió al Templo, fue cantando con San Joaquín y Santa Ana.

¡Cómo sería el cántico de la Niña, entonando con una voz inefable el salmo que David, por inspiración del Espíritu Santo, había compuesto para esa circunstancia!

Ahora bien, con una finura de tacto extraordinaria, San Francisco de Sales no habla de la impresión que ese canto produjo en los hombres, porque precisamente como Nuestra Señora no manifestaba su grandeza, era posible que Ella no cantase con toda la perfección con que sabía cantar. El cántico de Nuestra Señora debería ser el cántico por excelencia. Antes y después de Ella, nadie cantó mejor, excepto Nuestro Señor Jesucristo. Y después de eso, ningún cántico fue cántico.

Eso nos hace imaginar otra cosa: los ángeles oyendo el cántico de Ella, porque ellos oían las armonías de alma con que Ella cantaba, y eso los extasiaba. Y, como se puede comparar el Cielo a una ciudad, la Jerusalén Celestial, San Francisco dice que de los alpendres o de las terrazas de la Jerusalén Celestial, los ángeles se inclinaban para ver a



Presentación de la Virgen en el Templo – Convento Madre de Dios, Lisboa

Nuestra Señora cantando por los caminos de Judea, y era para ellos, entonces, una alegría inexpresable, aunque los hombres ignoraran ese canto.

Confieso que no conozco una idea más apropiada para esa circunstancia ni más bonita. Un pensamiento más bello que ese solo podría haber en el momento en que imaginásemos a Nuestra Señora entrando en el Templo.

Después de la gran plenitud, vino una gran tragedia

El Templo de Jerusalén, en su majestad sacral, en su grandeza, aún habitado por la gloria del Padre Eterno, donde se realizaban sacrificios, era el lugar más sagrado de la Tierra.

Meditemos en el estremecimiento de alegría de todos los ángeles que estaban allí en el momento en que Nuestra Señora entró por primera vez, como una reina en lo que le es propio, como una joya en el cofre donde debe ser guardada.

Los ángeles sabían que la gran historia y, al mismo tiempo, la gran tragedia del Templo se iba a realizar. El Mesías entraría en el Templo y este lo iría a rechazar. Y el fin de esa tragedia sería aquello que Bossuet llamó magníficamente las pompas fúnebres de Nuestro Señor Jesucristo, refiriéndose al momento en que Él murió y el Padre Eterno comenzó a preparar los funerales: el cielo se oscureció, el sol se cubrió, la tierra tembló, y, dice Bossuet, los ángeles sacudieron el Templo con indignación.

A mi modo de ver, los ángeles recibieron la orden de entregar el Templo a los demonios, y estos hicieron allí abominaciones a la manera de cien mil gatos salvajes sueltos dentro del lugar sagrado, o algo de ese género, haciendo estremecer todo el edificio. Se dio ahí el fin de la historia de ese lugar.

Primer paso de la plenitud del Templo

Pero, antes de eso, el Templo conoció su plenitud cuando Nuestra Señora llevó hasta él al Niño Jesús, y Ana y Simeón, que representaban la fidelidad de la nación, los recibieron. Ahí los fieles reconocieron al Enviado y se cerró el eslabón entre los justos de la Antigua Ley y la promesa que se cumplía.

Sin embargo, Nuestra Señora, cuando entró en el Templo aún siendo Niña, en el momento de su Presentación, realizaba el primer paso en esa plenitud de la historia del Templo de Jerusalén. ¿Qué deben haber sentido los "Simeones" y las "Anas" que había allá en aquel momento? ¿Cuáles gracias y fulguraciones del Espíritu Santo debe haber habido allí en esa ocasión? Nadie podrá decirlo, a no ser en el fin del mundo.

Sigamos el consejo del suavísimo San Francisco de Sales y quedémonos con esos recuerdos en nuestras almas; pensemos en ellos suave y alegremente, tanto cuanto sea posible al cabo de un día de lucha: Nuestra Señora cantando por los caminos, entrando en el Templo de Jerusalén y, desde los alpendres de la Jerusalén Celestial, los más altos ángeles encantados con el alma de esa Niña.

Esta es una meditación muy adecuada para el día de la Presentación de Nuestra Señora. ❖

(Extraído de conferencias del 20 y 21/11/1965)

---

1) RÉGAMEY, Pie, OP. *Les plus beaux textes sur la Vierge Marie*. París: La Colombie, 1941, p. 229-230.

2) SAINTE THÉRÈSE DE L'ENFANT-JÉSUS ET DE LA SAINTE-FACE. Œuvres complètes. París: Les Éditions du Cerf et Desclée de Brouwer, 1992, p. 1102-1103.

"Quien avisa, amigo es"

En un artículo publicado en 1981, el Dr. Plinio lanza una advertencia tan actual que parece haber sido dirigida a la opinión pública de nuestros días.

¿Tensiones, crisis? Es de lo único que se oye hablar. Ni siquiera se presta atención a ningún punto del horizonte, por muy remoto que sea, sin discernirlas, corroyendo como termitas o derribando como una excavadora, aquí, allá y en todas partes.

"Aquí": ¿qué significa esto? Sí, precisamente aquí. Es decir, en Brasil, en São Paulo, a nuestro alrededor, ¡incluso dentro de tantos y tantos! Tensiones y crisis, tanto del cuerpo cuanto del alma.

La atmósfera de despreocupación de los años 30

¡Qué lejos quedan los años 30, en los que las personas corrientes no



Werner Haberkorn (CC3.0)

Valle de Anhangabaú en la primera mitad del siglo XX

Kristian Pikner (CC3.0)

tomaban medicamentos porque no enfermaban! O porque, cuando sucedía que se enfermaban, era de forma tan leve que la salud robusta triunfaba con la mera ayuda de algún ingenuo remedio casero, o con cierta actitud del alma, ligeramente estoica, que la gente simple denominaba pintorescamente "té de poco caso".

No solo la salud solía ser buena, sino que las almas eran tranquilas, tanto cuanto puedan serlo en este valle de lágrimas… Por todas partes se trabajaba. Pero en muchos lugares también se rezaba. Se rezaba incluso más que en los años 20. La gran renovación religiosa traída por el surgimiento de las Congregaciones Marianas soplaba sobre Brasil, de punta a punta. Y también había alegría, esencialmente en la media y pequeña burguesía, y en la clase obrera. Alegría en la vida de las familias, como resultado, en cierta medida, de los elementos saludables de una tradición cristiana que se obstinaba en no morir. Alegría comunicativa, ampliamente reflejada en las páginas de los periódicos y, más aún, en las de las revistas. Y que se reflejaba en los fonógrafos y en las radios, con los que hacían sus delicias los contemporáneos.



Johannes Groll (CC3.0)

La salud y el gusto por la vida conferían a la sociedad humana un brillo de estabilidad distendida y abundante, y de alegre expectativa respecto a los días venideros.

El hombre superficial de entonces prefería no comentar la inmoralidad que, mientras tanto, se intensificaba en los entornos insensibles al *renouveau* católico; ni prestar atención a los factores de agitación social y económica, que crecían más rápido que el progreso industrial.



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1981

Etapas del derrocamiento de un mundo ávido de placer

De repente, he aquí que, sobre el gran festival alegre, jovial, aunque no exento de rasgos de dignidad, se proyectó una luz inesperada.

Del 25 al 26 de enero de 1938, todo Portugal se estremeció, pues en los cielos nocturnos de Lusitania apareció un fenómeno nunca antes visto, es decir, una inmensa aurora boreal. El pueblo, tal vez impresionado por la perspectiva de los castigos con los que, en el declive de la Primera Guerra Mundial, la Virgen de Fátima, a través de la voz de Lucía, Jacinta y Francisco, había amenazado al mundo impenitente —la difusión de los errores de Rusia por toda la Tierra, una nueva guerra mundial, naciones que desaparecerían, etc.—, se ponía a rezar en las calles, temiendo la justicia de Dios. Sonaban las campanas, las iglesias se llenaban.

Amaneció normalmente el día y la vida siguió su curso. En otros países en los que se había visto la aurora boreal —el fenómeno se observó incluso en Italia y Grecia— nadie se había inquietado. Informada de manera un tanto tendenciosa por las agencias de noticias internacionales,

la opinión pública de todos los países se echó a reír: "Ese Portugal..."

Pero llegó el castigo. En marzo de 1938, Alemania se anexionaba Austria. En octubre, los Sudetes. En marzo del año siguiente, se invadieron Checoslovaquia y Memel (Lituania). En septiembre, Polonia. La guerra había comenzado.

Esas fueron las etapas del derrumbamiento de un mundo que solo quería una existencia terrenal impregnada del placer de vivir.

¿Un nuevo presagio de castigos?

Ya he registrado cuan diferente es el mundo de hoy. Padecimientos en el cuerpo de casi todos. Padecimiento de las almas interesadas, porque ven vanas sus codicias, en el socialismo y en la decadencia. Padecimiento de las almas desinteresadas, al ver los sufrimientos de los interesados. Padecimiento de quienes carecen de fe, porque no la tienen. Padecimiento de quienes tienen fe, al ver el estado en que se encuentra la Santa Iglesia de Dios… de tanta postración que cabría decir que ni siquiera los ángeles de Dios, en lo más alto de los cielos, hubieran podido preverla hace unas décadas.

Se diría que en todos retumba, consciente o inconscientemente, confesado o inconfesado, el temor a algo que va a suceder.

En este contexto, sucede un fenómeno análogo al de 1938. En la noche del pasado 12 de abril, un fuerte resplandor rojizo, que también se percibió con tonalidades verdosas, anaranjadas y amarillas claras, iluminó el cielo de los Estados Unidos. El fenómeno se observó en más de dos tercios del territorio norteamericano, en la costa oeste, en el Medio Oeste y en todo el sur, hasta el Golfo de México. La noche quedó tan clara que los automóviles circulaban con los faros apagados.

¿Cuál es la causa del fenómeno? ¿Nubes luminiscentes, aurora boreal? Científicos de prestigio debaten al respecto. En cuanto a las auroras boreales, rara vez son visibles al sur del paralelo 50 y resultan totalmente excepcionales en el paralelo 30, donde se sitúa la costa sur de Estados Unidos, en el Golfo de México. El fenómeno del 12 de abril fue registrado por el Servicio Meteorológico Nacional, por la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica en Boulder (Colorado) y por la NASA.

¿Una nueva señal que amenaza con nuevos castigos a una humanidad cuya impenitencia ha estado desafiando a la Virgen de Fátima? ¿Una explosión que, esta vez, no se produjo ya en un mundo alegre que no la esperaba, sino en un mundo oprimido, enloquecido e impenitente? ¿En un mundo cuyos pecados van adoptando todas las formas posibles de escándalo?

Siento la antipatía de algunos lectores contra la hipótesis que acabo de lanzar. ¿No provendrá esa antipatía del hecho de que despierto en ellos presentimientos presentes en ellos, que no se atreven a confesarse ni siquiera a sí mismos? En tal caso, ¿no se agudizarán sus antipatías cuanto más sientan, en su fuero íntimo, que mi hipótesis tiene razón de ser?

Lo pregunto con espíritu cristiano hacia todos, incluso hacia estos queridos que sienten antipatía. Parece que el insólito fenómeno luminoso de 1981 es simétrico al de 1938. Por lo tanto, me parece ser razonable el conjeturar que la *suite* de 1981 será simétrica a la de 1938.

"Quien avisa, amigo es". Mi comentario es hecho en vista de que aún hay tiempo para orar, para cambiar de vida y, de este modo, evitar el castigo que amenaza a las naciones.

Meditemos y pidamos juntos a la Virgen de Fátima, para que los hombres se enmienden y así se evite el castigo, en la medida de lo posible. ❖

(Cf. Folha de São Paulo, 9/5/1981)


Teodoro Reis



Carlos C.

Purgatorio: unión entre justicia y misericordia

Un solo pecado venial puede acarrear para nuestras almas atroces tormentos en las llamas del Purgatorio; ese, siendo un lugar terrible, es también una de las obras maestras de la misericordia de Dios.

El día 2 de noviembre se celebra la conmemoración de los fieles difuntos. A este propósito me parece interesante considerar la gravedad de las penas del Purgatorio y la situación de un alma que se encuentra allí.

Promesa y certeza de regocijo sin fin

El Purgatorio es una de las obras maestras de Dios, uno de los aspectos más maravillosos de la doctrina católica, con el cual la Iglesia nos muestra el equilibrio de la sabiduría divina reluciendo de un modo muy especial, pues en él Dios manifiesta la conjunción entre su justicia y su misericordia, así como el papel de Nuestra Señora, de un modo verdaderamente magnífico, haciéndonos ver una dupla posición de Dios, que desconcierta al común de las personas.

Por un lado, vemos cómo Él ama a las almas que están allí. Las personas que murieron en gracia de Dios tienen la suprema alegría y consolación de poseer la promesa —y sin la menor sombra de duda— de que llegarán al Cielo. Esa garantía y esa certeza, sobre todo para almas que ya no están ligadas a cuerpos mortales y no ven las cosas con la debilidad con que las ve el hombre en esta vida, almas que saben mucho mejor que nosotros lo que es la eternidad, para ellas es un regocijo sin fin, porque saben que gozarán del amor de Dios, de la visión beatífica. Comprenden que mil años pasados en su presencia son como un día. Conocen también que todo cuanto sufren en el Purgatorio es poca cosa en comparación con el océano de deleites, de alegría y de felicidad que las espera en el Cielo.

Comprendemos de esa forma cómo Dios ama al alma que va al Purgatorio, hasta el punto de decirle: "¡Tú eres mi hija dilecta! Durante toda la eternidad me contemplarás, y Yo, desde dentro de mi felicidad sustancial y perfecta, tendré la alegría de contemplarte."

Un lugar de terribles padecimientos

Consideremos, por otro lado, la inmensidad de los tormentos del Purgatorio, donde hay un fuego análogo al del Infierno. San Alfonso de Ligorio decía que las llamas de esta Tierra son, en comparación con las del Infierno, como una llama pintada lo es respecto a una real. Por lo tanto, el fuego del Infierno quema y hace sufrir más que el fuego de este mundo; es como los sufrimientos de una persona arrojada a un brasero en comparación con los de alguien que únicamente pasa la mano

sobre un cuadro que representa una hoguera.

Las almas van al Purgatorio y allí permanecen, a veces mil años o más, algunas hasta el fin del mundo, penando, haciendo penitencia con resignación, pero con un sufrimiento indescriptible. Pudo haber almas condenadas al Purgatorio antes de que Nuestro Señor naciera, y que solo serán liberadas en el último día...

Pues bien, ese tormento atroz, que nos partiría el alma si pudiéramos contemplarlo, está destinado a aquellos a quienes Dios ama.

Comprendemos así la gravedad del pecado venial, del cual Dios tiene tal horror, que la persona muere y va a penar al Purgatorio por causa de él. A veces se trata de pecados mortales ya perdonados, pero por los cuales la persona necesita sufrir un castigo.

María de Ágreda tuvo un día una visión en la que una reina de España entraba en su cuarto, toda vestida con ropas de corte, pero en llamas. Entonces la religiosa le preguntó:

—¿Por qué estáis así, en esta situación?

A lo que la reina respondió:

—Me encuentro en este estado porque, cuando vivía en la Tierra, ni combatí ni favorecí el uso de trajes mundanos en la corte. Si lo hubiera favorecido, por una serie de circunstancias habría perdido mi alma y estaría en el Infierno. Sin embargo, como tampoco lo combatí, me encuentro en el Purgatorio, y mi tormento es estar envuelta en fuego con el traje mundano que usaba en la Tierra.

Está claro que se trata de un símbolo, pues un alma no puede vestirse con un traje material. Era un tormento infligido al alma, a la manera de lo que sería para el cuerpo llevar un traje de fuego.

Va al Purgatorio quien pecó y tiene algo que ser purificado. Como debemos tener horror al pecado, nos corresponde desear ir al Cielo sin necesidad de pasar por ese lugar de padecimientos.

Invitación a la integridad y a la execración del pecado

Santa Teresita del Niño Jesús decía que, si para salvar las almas ella debiera ir al Purgatorio y quedarse allí durante un tiempo indefinido —siempre que no fuera a consecuencia de un pecado y pudiera seguir amando a Dios—, lo aceptaría. ¡Da escalofríos! Eso lo aceptaría por cada uno de nosotros, tal es el valor de un alma. Santa Teresita haría eso por nuestras almas. ¿Qué hacemos nosotros por nuestra propia alma? Cosas fáciles, imprudencias, negligencias de toda clase... Eso es lo que hacemos.

Por ejemplo, para cualquier persona la vanidad es un pecado venial. Por lo tanto, la coquetería también lo es; luego, mirarse al espejo más de lo necesario es un pecado venial. Y lo necesario, en este caso, es solamente lo indispensable para que la persona vea si está bien arreglada, nada más. Mirar más que eso es presunción.

Imaginen que alguien dijera: "Mirarse al espejo da cáncer en el rostro. Las personas que se miran al espejo, aunque sea de forma muy furtiva, cuando tengan entre 70 y 80 años tendrán cáncer en el rostro." ¡Con qué miradas rápidas nos veríamos entonces en el espejo! Habría gente capaz de huir de los espejos, de romper todos los que tuviera en casa y de decir: "¡Piensen de mí lo que quieran; cáncer en el rostro no quiero!" Pues bien, lo que la persona va a sufrir en el Purgatorio por haberse mirado al espejo más de lo razonable es peor que el cáncer en el rostro.

Esto vale también para la mentira. Si mentir provocara cáncer en la lengua, ¡cuánta gente pasaría a ser veraz! Sin embargo, lo que la mentira les va a proporcionar en el Purgatorio es mucho peor.

Pidamos a Nuestra Señora que nos transforme y nos dé la gracia de comprender bien qué es el Purgatorio y todos los riesgos que corren nuestras almas de ir a parar allí; de execrar el pecado venial que Dios tanto detesta; de no tener almas equívocas que viven en un terreno pantanoso entre el estado de gracia y el pecado, sino almas limpias e íntegras, que no hacen concesión alguna a ningún pecado y que, por esta causa, agradan enteramente a Dios. ❖

(Extraído de conferencia del 2/11/1970)



Flávio Lourenço

Santoral


Flavio Lourenço

San Jacinto Castañeda
(7 de noviembre)

1. Todos los Santos

Beatos Pedro Pablo Navarro, presbítero**, Dionisio Fujishima y Pedro Onizuka Sandayu,** religiosos**, y Clemente Kyuemon,** mártires (+1622). Por su testimonio de la Fe Católica, fueron lanzados a la hoguera, en Shimabara, Japón.

2. Conmemoración de todos los fieles difuntos

San Malaquías, obispo (+1148). Rigió la diócesis de Down y Connor, en Irlanda. Durante un viaje a Roma, entregó su espíritu al Señor en presencia del abad San Bernardo, en el monasterio de Claraval.

3. San Martín de Porres, religioso (+1639).

4. San Carlos Borromeo, obispo (+1584).

Santos Vital y Agrícola, mártires (+304). Narra san Ambrosio que Agrícola era siervo de Vital. Se volvieron hermanos en la fe y compañeros de martirio.

5. San Fibicio, obispo (+c. 450).

San Guido María Conforti, obispo (+1931). Fundó la Pía Sociedad de San Francisco Javier en la ciudad de Parma, Italia, con el objetivo de ayudar a la Iglesia en la evangelización de los pueblos.

6. San Pablo, Patriarca de Constantinopla (+c. 351). Fue perseguido y expulsado varias veces de su cátedra, por defender la Fe nicena contra los arrianos. Finalmente el emperador Constancio lo desterró y los herejes arrianos se encargaron de estrangularlo.

7. San Prosdócimo, obispo (s. III). Es considerado el primer obispo de Padua, Venecia, en el actual Veneto.

Santos Jacinto Castañeda y Vicente Lé Quang Liem, presbíteros y mártires (+1773). Dominicos martirizados en Ket Cho, ciudad del Tonquim, Vietnam.

8. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario

San Vileado, obispo (+789). Nacido en Nortúmbria, amigo de Alcuíno, propagador del evangelio después de San Bonifacio, en Frisia y Sajonia; ordenado obispo, constituyó la sede de Bremen que gobernó con sabiduría.

Beato Juan Duns Escoto, presbítero (+1308). Escocés de nacimiento, entró a la Orden Franciscana, fue maestro insigne de las disciplinas filosóficas en Cambridge, Oxford, París y finalmente en Colonia; notable ante los que lo circundaron por su gran fervor.

9. Dedicación de la Basílica de Letrán.

Beato Gracia de Cátaro, religioso (+1508). En momentos de gran escasez, conducía una pequeña barca buscando alimentos y escuchó predicar al Beato Simón de Camerino. Tocado por la gracia, pidió ser admitido en la Orden de San Agustín, recibió el hábito y llevó una vida de mucha piedad.

10. San León Magno, papa y Doctor de la Iglesia (+461).

11. San Martín de Tours, obispo (+397).

Beata Vicenza María (Luisa Poloni), virgen (+1855). Fundadora junto con el Beato Carlos Steeb, del Instituto de las Hermanas de la Misericordia de Verona.

12. San Josafat (Juan Kuncewicks), obispo y mártir (+1623).

San Margarito Flores, presbítero y mártir (+1927). Durante la gran persecución contra la Iglesia, en Tulimán, Ciudad de México, fue tomado prisionero y fusilado, por la única razón de ser sacerdote.

13. Santa Maxellendis, virgen y mártir (+670). Según la tradición, ella se había consagrado a Cristo y, rechazando un pretendiente al matrimonio, escogido por sus padres, él la asesinó a filo de espada.

14. San Siardo, abad (+1230). Nacido en Breda, Holanda. Educado desde niño en la escuela premonstratense del monasterio de Mariengarden, siendo ya joven, ingresa como religioso a este mismo monasterio y es ordenado sacerdote. Más tarde lo nombran abad, destacándose por su humildad, sencillez y gran devoción a la Virgen María.

Beato Juan Liccio, presbítero (+1511). Pertenecía a la Orden de los Predicadores. Eminente por su infatigable caridad hacia el prójimo, por la propagación de la recitación del Rosario y por la observancia de la disciplina regular, descansó en el Señor a los ciento once años de edad.

15. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Alberto Magno, obispo y Doctor de la Iglesia (+1280).

Veinte Santos Mártires de Hipona (+s. III/IV). San Agustín exalta la fe y victoria de esos héroes, dentro los cuales únicamente se recuerdan los nombres de Fidenciano, obispo, Valeriana y Victoria.

16. Santa Margarita de Escocia, reina (+1093).

* Noviembre *

Beato Eduardo Osbaldeston, presbítero y mártir (+1594). Terminados sus estudios en el Colegio de los Ingleses de Reims, regresa a Inglaterra y, en el reinado de Isabel I, siendo ya sacerdote, es condenado a muerte y ahorcado.

17. Santa Isabel de Hungria, reina y viuda (+ 1231). Perteneció a la Tercera Orden de San Francisco.

18. Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo, Apóstoles (1626; 1854).

Beata Carolina Koska, virgen y mártir (+1914). En Wal-Ruda, Polonia, durante la guerra, al defender su castidad amenazada por un soldado, fue atravesada por una espada, siendo testimonio de Cristo aún adolescente.

19. Santos Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, presbíteros y mártires (+1628).

San Abdías, profeta (+Antiguo Testamento). Uno de los profetas menores, después del exilio del pueblo de Israel, anunció la ira del Señor contra los pueblos enemigos.

20. San Gregorio Decapolita, monje (+842). Profesó la vida monástica y más tarde se hizo anacoreta; se volvió peregrino, deteniéndose mucho tiempo en Tesalónica y finalmente en Constantinopla, donde luchó enérgicamente a favor del culto de las imágenes sagradas.

21. Presentación de la Bienaventurada Virgen María.

San Rufo (+s. I). Mencionado por San Pablo Apóstol, en su Epístola a los Romanos, como elegido del Señor.

22. Domingo de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo.

Santa Cecilia, virgen y mártir (+s. III).

San Benigno de Milán, obispo (+c. 470). Durante ocho años gobernó la diócesis de Milán, en tiempos de profundas perturbaciones causadas por las invasiones; administró con gran celo y piedad la Iglesia que le fue confiada.

23. San Clemente I, papa y mártir (+s. I).

San Columbano, abad (+615).

24. Santos Andrés Dung-Lac, presbítero, y compañeros, mártires (+1625-1886).

25. Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir (+s. III-IV).

Beata Beatriz de Ornacieux, virgen (+1303/1309). Hija de familia noble, desde la infancia sintió inclinación a la vida religiosa. A los trece años ingresó a la Cartuja femenina de Parménie, donde adelantó a grandes pasos en la vida interior y la práctica de las virtudes. Favorecida con singulares carismas místicos; tuvo gran devoción y amor a la Cruz, llevando a considerables extremos sus penitencias. Pasó por fuertes tentaciones y una densa noche oscura, que le ayudaron a obtener fortaleza de espíritu y madurez en su fe. Por obediencia, aceptó ser la priora del monasterio de Eymeaux, cargo que ejerció con gran entrega y servicio a Dios.

26. San Siricio, papa (+399). San Ambrosio lo tenía como verdadero pastor y maestro, al tomar sobre sí la responsabilidad por todos los obispos, que instruyó con las enseñanzas de los santos Padres y los confirmó en la Fe con su autoridad apostólica.

Beata Delfina, viuda (+1358/1360). Esposa de san Eleazar de Sabrán, con el cual se puso de acuerdo para vivir en castidad, compromiso sellado por el voto que hicieron. Muriendo su esposo, vivió en pobreza y dedicada a la oración.

27. Nuestra Señora de las Gracias. La Virgen de la Medalla Milagrosa (1830).

San Virgilio, obispo (+784). Hombre de mucha cultura, nacido en Irlanda; apoyado por el rey Pepino, fue nombrado para dirigir la Iglesia de Salzburgo, y ahí construyó la iglesia catedral en honor a San Ruperto y se dedicó a la propagación de la Fe entre los habitantes de Caríntia.

28. San Irenarco, mártir (+s. IV). Ejerciendo el oficio de verdugo, impresionado por la firme perseverancia de las mujeres cristianas, se convirtió y, en el tiempo del emperador Diocleciano y de Máximo como gobernador, murió decapitado.

29. I Domingo de Adviento.

Santiago de Sarug, obispo (+521). Con una fe purísima, ilustró la Iglesia de Sarug, confiada a sus cuidados, por medio de sermones, homilías y traducciones; es venerado por los sirios católicos como doctor y columna de la Iglesia, juntamente con san Efrén.

Beata María Magdalena de la Encarnación (Catalina Sardini), virgen (+1824). Fundadora del Instituto de las Hermanas de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento.

30. San Andrés, Apóstol (+s. I).

San Cutberto Mayne, presbítero y mártir (+1577). Convertido a la Fe católica y ordenado sacerdote, ejerció el ministerio en Cornualles, Inglaterra. Siendo reina Isabel I, fue condenado a la pena capital por introducir una bula papal y publicarla, desconociendo a la reina como cabeza suprema de la Iglesia y manteniendo, por lo tanto, su fidelidad a la autoridad espiritual del Papa. Fue el primer mártir del Colegio de los Ingleses en Douai.



San Virgilio
(27 de noviembre)

Gabriel K.

Oración y holocausto simbolizados en la lamparilla

La lamparilla, tal como la idealizó la Iglesia Católica, emite una luz llena de sacralidad, digna solamente de cintilar delante del Santísimo Sacramento o de una imagen. Ella es el símbolo de un alma orante, llena de contrarios armónicos, que se quema en holocausto de amor de Dios.

En el siglo XV, cuando la Edad Media aún marcaba de algún modo los objetos, y, a veces, con marcas muy profundas, surgió un estilo representado en la lamparilla que vamos a analizar.

Aspectos de una lamparilla

Noten el carácter medievalizante de la base y cómo la lamparilla se parece a una copa, a un cáliz de celebrar Misas.

La parte enrejada arriba es un poco más de los tiempos modernos, tendiendo al Ancien Régime, pero armoniosamente, sin una cacofonía, sin una contradicción entre un estilo y otro. Todo en la lamparilla da una idea de solidez.

Voy a considerarla primero como una copa, para hacer después la transposición para la lamparilla.

Al ser considerada como una copa, sugiere la idea de ser usada para una bebida en cantidad generosa y



Tomas T. N.

opulenta, para gente que bebe a grandes tragos cosas fuertes. No tanto porque ese receptáculo sea muy grande, sino por su estilo. De donde también una base fuerte, para contener una masa de líquido voluminosa, sin perder fácilmente el equilibrio; es preciso tener una base bien dilatada, de manera que el diámetro de arriba sea, si no igual, por lo menos proporcionado con el de la base, a semejanza de un cilindro.

Existe el riesgo de que quede regordeta, monótona. Entonces, la fabricación obedeció a la idea de establecer levedad y sorpresa en la transición entre los dos platos, rompiendo violentamente la uniformidad del asta, con una especie de esfera –o cualquier cosa a la manera de una esfera– de marfil. O sea, es de un material diferente, de color diferente. El asta se abre para formar la parte superior como si fuese la corola de una flor.

Contrarios armónicos

El carácter ligero es asegurado por el enrejado o especie de tejido de encaje que sube y rodea a la copa encima, de manera que tengamos una proporción agradable entre fuerza y delicadeza, peso y levedad, entre lógica y coherencia por un lado y fantasía por otro. En cuanto en el asta y en el enrejado está presente una especie de fantasía, en los dos platos entra la lógica.

Los elementos de levedad y fantasía se expresan también en el modo por el cual el pie se abre abajo –queda casi como una ojiva gótica– para llegar hasta la rueda, y después, en el modo como se abre encima para sostener, de manera a formar un todo muy armónico, muy delicado. El pie y la concha son más pesados, indicando bien la transición de la Edad Media a los tiempos modernos. Una apetencia de leve, de delicado que ya no acepta mucho lo pesado, y una apetencia de fantasía un poco deseosa de emanciparse de la lógica.

La coexistencia de ese tipo de contrarios armónicos –lógica y fantasía o, si quieren, fuerza y delicadeza– de los cuales se desprende una cualidad excelente, agrada enormemente al alma, porque es un equilibrio que la Revolución, como ocurre con todos los equilibrios, contesta y detesta. Pero a ese, ella lo detesta especialmente. La Revolución produjo en cantidad delicadeza sin fuerza y fuerza sin delicadeza, lógica sin fantasía y fantasía sin lógica.

Expresión del alma orante…

Analicemos ahora la lamparilla en cuanto tal.

Imaginen, a cierta hora de la noche, una capilla cualquiera del Santísimo Sacramento. La iglesia en completa oscuridad y sólo aquella lucecita encendida: ¿qué quiere decir ella?


Gabriel K.

A mí, me da la idea de perennidad. En la oscuridad, en las horas en que una imagen está completamente sola y nadie vela por ella, el homenaje continúa. La lamparilla le hace compañía, siendo una especie de símbolo de la actitud que, muchas veces, el alma tiene en la oración, en las relaciones con Dios, con Nuestra Señora: "Yo continúo fiel, yo continúo vuestro, aunque en comparación con los demás yo sea una pulga o nada; soy una luz porque soy un alma; y esa luz es vuestra, existe solo para Vos, os sigue en las peores penumbras, en los peores aislamientos, en las peores oscuridades, confiando en que para Vos ella es algo."

Es el siguiente juego de analogía: el alma se coloca frecuentemente delante de Dios en esa postura. Es solo Dios y ella; aunque el universo no existiera, ellos se bastarían. Y, ella, sintiendo a Dios ultrajado, perseguido, sabe que para Él ella tiene valor y su oración tiene mucha significación.

Se podría decir que hay dos formas excelentes de ser de la llama de la lamparilla. A veces, todo cambia de formato, de aspecto; las sombras varían porque la llama se mueve; y, otras veces, cuando ella está inmóvil en una posición estática, parece decir: "Encontré el punto de mi reposo, de mi paz: ¡sois Vos, oh Dios mío!" La perennidad y la serenidad se expresan mucho mejor en la llama quieta que en movimiento.

El color rojo, símbolo del holocausto

El color rojo simboliza el holocausto y, evidentemente, el amor. Es algo que siempre se admitió, es intuitivo. Pero debemos considerar sobre todo lo siguiente: ese acto del alma delante de Dios es de un holocausto en sí. Ella siente el tiempo transcurriendo en ella, que va caminando hacia la muerte, hacia la eternidad.

Por lo menos conmigo pasa esto: cuando estoy solo dentro de una iglesia, me siento un poquito como una ampolleta que percibiese que la arena está pasando por ella. Siento que aquellos minutos transcurren en mí, pero que son dados a Dios y que estoy quemando mí tiempo de vida a sus pies.

Es sustancialmente, por lo tanto, un holocausto. La idea del aceite y del pabilo quemándose, y de que eso está serenamente caminando a su propia destrucción, satisfecho por el servicio desinteresado delante de Dios, es bien la imagen de holocausto: el lado votivo, o sea, destinado, dedicado, que se inmola, que se consagra.

Ninguna duda de que el rojo concurre para eso. Es una luz que está, por así decir, en recinto cerrado; cómo dentro de ese vasito, expresa, ella misma, mucho mejor, su soledad y su propio confinamiento en la presencia de Dios que una luz de vela.

La luz de la lamparilla tiene cualquier cosa que la vela no tiene. En la operación de quemar el aceite, se siente más el holocausto que en el consumir de la vela.

Mezcla de luz y sombra

Además, una luz que oscila sobre una superficie líquida y la quema es más parecida a la acción de Dios. Dice el Génesis que el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas *(Gn 1, 1)*. En la lamparilla son fluctuaciones sucesivas: el aceite fluctúa sobre el agua y la llama sobre el aceite. Por consiguiente, la llama archi-fluctúa. Es una super-fluctuación, casi como un pájaro que vuela.

La refracción en el aceite, aún más dentro del vasito rojo, da un valor especial a la luminosidad del conjunto. A tal punto que, si imagináramos esa misma llamita, con la misma intensidad luminosa, brillando en una vela, sería muy diferente.

Tengo la impresión de que hay también algún factor cualquiera por donde la lamparilla emite una luz dotada de cierta propiedad, la cual se diría que la torna medio mezclada con sombra. Y al ser proyectada sobre las cosas esa mezcla de luz y sombra, ellas toman más significado que bajo la luz superabundante. En ese sentido, se podría decir que un chorro de luz fuertísima les sacaría enteramente la vida a los objetos, mientras que la luz de la lamparilla les confiere esa nota.

La luz de la lamparilla no elimina enteramente las sombras. Y por el hecho de no eliminar, da mucho más la impresión de algo vivo y real que la luz olímpica, fuerte. El *spotlight* es una profanación en comparación con eso.

La Teología afirma que veremos a Dios en el Cielo, *totum, sed non totaliter*[1]. Aquí también podemos de cierto modo ver a Dios *totum, sed non totaliter*, con el respeto que lo inalcanzable y lo *insaisissable*[2] deben suscitar en nosotros. Así la gracia encuentra menos obstáculos en el alma.

El estado de espíritu que la lamparilla crea

Además de eso, envolviendo a las almas buenas en una misma luz, la lamparilla crea un estado de espíritu en común y produce tal interpenetración entre ellas, que es una unión fantástica, de la cual el mundo de hoy no tiene ni idea. Cinco, diez personas rezando en una capilla delante del Santísimo Sacramento en esa atmósfera se sienten profundamente hermanadas, aunque no se conozcan.

Otra consideración: es una luz de tal sacralidad, que sólo puede ser encendida delante de una imagen que se venera o delante del Santísimo Sacramento. Por ejemplo, es de mal espíritu colocar una lamparilla delante de la fotografía de alguien a quien se quiso mucho, o de un estandarte, o de cualquier otra cosa, de tal manera la idea de sacralidad y de culto está expresada en ella. Mamá tenía una lamparilla delante de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Creo que la materia del Paraíso terrenal es toda hecha para el culto, como lo es el material usado en esta lamparilla. Se percibe el bienestar del alma que ese ejercicio de trascendencia trae. Es una riqueza continua de la cual podemos beneficiarnos si habituamos a nuestro espíritu a estar siempre en la búsqueda de las analogías, de las discrepancias, ¡de las trascendencias! La trascendencia es el movimiento hacia el unum sobrenatural, lo metafísico-sobrenatural. ❖

(Extraído de conferencia del 24/11/1974)

Archivo Revista



Dr. Plinio en mayo de 1993

---

1) Del latín: todo, pero no totalmente.

2) Del francés: inasible.



Flávio Lourenço

Nuestra Señora rescata las almas del Purgatorio – Iglesia de Nuestra Señora de la Purificación, Almendralejo, España

Amor gratuito de la Reina del Cielo

La Iglesia invoca a la Santísima Virgen María como "vida, dulzura y esperanza nuestra".

En efecto, a lo largo del año entero, Nuestra Señora saca almas del Purgatorio, pero cuando se conmemora una fiesta mariana, Ella visita especialmente la Iglesia Padeciente, ahuyentando las llamas, pacificando los tormentos y maravillando a un número incontable de almas.

Al subir de regreso al Cielo, lleva consigo muchas almas, entre las cuales algunas que estaban en las peores hornallas, en las más terribles mazmorras; Ella las lleva porque las quiere llevar, pues, siendo Reina puede hacer esto: a quien gratuitamente amó, gratuitamente favorece.

Se comprende que, para los que aquí en la Tierra intentaron esparcir la devoción a Ella y luchar por su Reino, cuán probable es que Nuestra Señora tenga una piedad especial cuando estén en el Purgatorio.

(Extraído de conferencia del 2/11/1970)